

A mediados de los años 80, en occidente, había dos opciones ideológicas viables: o *Playboy* o *Penthouse*. Más o menos cuando Reagan empezaba su segunda presidencia, mi padre volvió de un viaje con un fajo de revistas prohibidas en Chile. Yo tenía once años y creo que entendí todo lo que había que entender. La principal atracción de *Playboy* era el fotógrafo de origen yugoslavo Pompeo Posar: de estilo meloso, articulado en torno a los temas de la "inocencia" y la "ternura" –completado, en ocasiones, con el de la "sinceridad"–, Pompeo encarnaba la opción socialdemócrata del sexo. Pompeo era uno de los hombres de buena voluntad que cantó Jules Romains. Sus chicas no aparecían con cuero negro y látigo, tampoco ofrecían el culo en una actitud sumisa. No las ibas a encontrar con una guitarra eléctrica sobre la piel desnuda, o en trance de hacer



pompeo & wanda

muecas con el caño de un revólver. No: bailando entre tules, en camas adornadas con ositos de peluche, o secándose buenamente al borde de una piscina, las chicas Pompeo – Sharry o Brandy o Trixie o Glenda– no decían: "El sexo es un camino peligroso en una noche de tifón". Decían: "Trátame bien y no volverás a sentirte solo cuando se apaga la luz". El adulto comprende que el primer postulado es válido y el segundo, una amable estafa. Pero para los hijos de padres separados la obra del yugoslavo era un camino de reconciliación. Pompeo hacía la clase de pornografía que tu madre podría haber considerado apta para tu educación, y con esto creo que está todo dicho.

Frente a esto, los desnudos de *Penthouse* no daban la talla. Si sobre las fotos de Pompeo planeaba la bendición de tu madre, las de su rival se parecían a la nueva esposa de tu padre. Pero lo esencial de *Penthouse*, en realidad, estaba en una historietita que se llamó ¡Oh, malévola Wanda! Eran las aventuras de una feminista que, en su desafortunada busca de poder, transgrede todos los mandatos femi-

nistas: con un cuerpo de pin-up, exagerado hasta la caricatura por el dibujante Ron Embleton, Wanda usa cínicamente el sexo para ascender en una sociedad corrupta. En su camino se cruza con rostros conocidos de la época: Jimmy Carter, Leonid Brezhnev, Arnold Schwarzenegger, Fidel Castro y un sonriente Augusto Pinochet. De episodio en episodio, la tira pasa de la sátira política al grotesco estilo Fellini, y ahí al absurdo existencial. Embleton es vital y pesimista. De sus coloridas orgías emergen algunos mensajes: los hombres no son tanto perversos cuanto viles y ridículos; las mujeres dominarán, no gracias a una evolución democrática de las costumbres, sino porque tienen de su parte la inteligencia, el empuje, la belleza y la falta de escrúpulos; la vida es fascinante y merece ser vivida, pero el universo se está desintegrando sin remedio.

Yo procuré asimilar tanto la sabiduría de Pompeo como la otra, en apariencia irreconciliable, de ¡Oh, malévola Wanda! Cualesquiera hayan sido las trampas de la política y del sexo, a ellos he apelado en busca de mi norte. Nadie dirá que mi generación careció de guías.

g.garcés

El odio al país natal suele responder a una variedad de causas, la primera de las cuales, por supuesto, es la nostalgia. Porque mi país se me escapa, porque no es el de mi infancia (y yo desearía que lo fuera), porque añoro reconocermé en el país y el reflejo que éste me devuelve es sombrío o desconcertante, me resiento. También hay razones más simples: la violencia o la pobreza, destinos no elegidos que sin embargo nos pertenecen. A veces, en fin, para quien está en guerra consigo mismo, es una forma de odiarse por procuración. Todo dejaría suponer que la literatura de América latina rebosa de ficciones rencorosas, de cantos de odio a nuestras patrias a menudo pútridas, y a menudo añoradas desde el exilio. Sin embargo no es así. ¿Por qué?

Planteo la pregunta porque este odio, en otras latitudes, propició grandes libros. Pienso en Thomas Bernhard, el autor de *Trastorno*, de *Extinción* y de tanto teatro, ése que al morir, en 1989, prohibió que sus obras se representaran en Austria. Ésta, decía, "es una enfermedad mortal, que sus habitantes contraen al nacer". Pienso también en Rimbaud, que escribió: "De mis ancestros galos tengo el cerebro estrecho y la torpeza en la lucha". En Céline, que encontraba que los alemanes que ocuparon París eran demasiado blandos. En Kafka, que dijo de Praga: "Esta madrecita tiene garras". Henry Miller definió a su país como la pesadilla con aire acondicionado. Los ejemplos pueden seguir.

Lo importante, claro, no es tanto determinar qué origina ese furor, sino los efectos artísticos que propicia. En primer lugar, la precisión. El odio es un sentimiento minucioso. Y en un continente (el nuestro) mareado de estéticas que distraen del mundo sensible, la escrupulosidad observadora del rencor habría sido saludable. Habría sido, digo, porque con una deslumbrante excepción – Fernando Vallejo– este elemento falta en nuestra novela. Como falta el ridículo, la buena ferocidad para fijarse en lo risible propio y ajeno, a la que deben parte de su atractivo libros como *Ferdydurke*, de Gombrowicz, o *Humo*, de Turguéniev. Frente a esas burlas atormentadas, metafísicas, es poco lo que ofrece el típico novelista chileno o argentino, que se limita a ridiculizar lo que su clase o su capilla le mandan, es decir que el ridículo acá es un esnobismo, una forma de sentirse muchos frente al ridículo roto, el ridículo capitalista o el ridículo colega, todo lo contrario de lo que la literatura debería hacer, o sea enfrentarnos a nuestra pequeñez y soberanía.

Y además, odiar a la patria requiere cierta locura. Un país es una entelequia; ver en Bohemia, o en Estados Unidos, no una abstracción sino un demonio con luz propia, requiere un poder alucinatorio que es, justamente, privilegio y paradigma de la ficción. Es bueno que el horror interior se exprese afuera. Bueno que el bosque del novelista esté lleno de gritos y susurros. Se dirá que lo mismo pasa con el amor. Por supuesto, pero los hispanoamericanos casi nunca optaron por el amor ni por el odio a la hora de fijarse en la patria. El chileno Edwards Bello, como el argentino Gálvez, realistas que encarnan nuestra falta de sex-appeal previa al boom, nombran la miseria con una neutralidad impostada que la afantasma. Donoso lo tiene todo para sentir y hacer sentir el horror de lo chileno, pero cambia de tema; Sábado se

pútrida & patria



enreda con metáforas sobre la Babilonia americana y no se decide a anotar que Argentina es monstruosa. A Dorfman, a Cerda, espantados por tantas cosas chilenas, nunca los espanta Chile; Fuguet lo insinuó y lo crucificaron. Hay un tabú en esto, y entre tantos tabúes que como escritores teníamos el deber de violar y no nos atrevimos, éste no es el menor. En cada bar de Santiago y Buenos Aires se putea por rutina a la patria, pero cuando los comensales se van a su casa a escribir se convierten en alondras. Y así pasa nuestra historia literaria, hecha de complacencia y de tedio, pero sobre todo de pudor. "En Austria hay que ser un mediocre para ser tomado en serio; un hombre con el cerebro hecho a medida de un pequeño estado". ¿Hay algo más cercano a nosotros que esta frase de Bernhard? ¿Hay algo que hayamos dicho menos?